IV

La montaña de la Redención.—La capilla de Adán.

La montaña de la Redención está hoy en día cubierta enteramente por una bóveda. De esta bóveda están suspendidas multitud de lámparas de todas dimensiones y de todos los colores, cuyas luces semejan una lluvia de estrellas. Entre estos resplandores se destaca, sobre fondo de plata, la cruz griega que lleva el Salvador en medio de su Santísima Madre y el amado discípulo, ambos vestidos de argentados trajes; todo alrededor las aureolas floridas con piedras preciosas, el candelero de siete brazos y el relicario de oro al pié de la Cruz... Pero estas magnificencias os dejan indiferente y pasan casi desapercibidas; ¡tan preocupado está el espíritu y tan enternecido y embargado el corazón con el recuerdo de la aterradora escena que ensangrentó aquel lugar hace luego diez y nueve siglos! Está uno allí poseído de un santo terror y espanto, al considerar que se pisa la misma tierra que bebió la sangre de Cristo, que se está sobre el Gólgota, en donde fué plantado el árbol de la Cruz, en donde Jesús expiró, en donde las duras rocas se abrieron recogiendo su último aliento y donde el sol, por piedad para con su Autor, por horror del crimen de los hombres, veló sus resplandecientes rayos y obscureció su luz... ¡Qué drama! ¡Qué espanto!... ¡El pueblo guarda silencio, el Centurión se golpea el pecho de dolor, Longinos se convierte, un espíritu de conpunción se extiende por el Calvario; se hacen las paces entre Dios y el hombre prevaricador; quedan abolidos para siempre los sacrificios de la ley mosaica; urge una ley nueva que no hablará sino de esperanza y de amor!...

Después de haber suplicado al Divino Salvador que se dignase aceptar el sacrificio de nuestras almas rescatadas con el precio infinito de su sangre, descendimos del Gólgota y entramos en la capilla de Adán. ¡Cuántos recuerdos, cuántos restos de lo pasado se han acumulado en esta sombría gruta! ¿En qué otro lugar del mundo se hallarían reunidos? Vimos á la entrada los sepulcros del ilustre Godofredo de Bouillon y de Balduino I, destruidos ¡ay! por el fanatismo de los griegos; en seguida, la piedra sobre la que, en tiempo de los cruzados, celebraba el clero católico el santo sacrificio de la Misa por los difuntos y el Cenotafio de Melquisedec, ó al menos el rótulo ó señal que indica el lugar de la sepultura del fundador de Jerusalén.

Refiere la tradición que este gran patriarca, pontífice y rey á la vez, recibió de los hijos de Noé la cabeza de Adán, que la llevó consigo como preciosa herencia cuando vino á fundar á Salén y que la sepultó en lo bajo de la colina en donde debía elevarse la Cruz del Salvador. Cuando expiró Jesús, la violencia del sacudimiento de la tierra hizo que chocasen y estallasen hasta las más duras rocas. La del Calvario se rasgó como un pedazo de tela; la hendidura se hizo de alto á bajo y atravesó la excavación en que se hallaba el cráneo de Adán, de tal suerte, que la sangre del Salvador corrió sobre la cabeza del primer culpable como para borrar más directamente en él la falta original fuente de todas las culpas y desdichas de sus desgraciados descendientes. Esta abertura, siempre existente, siempre visible, se extiende á una profundidad incalculable, y ofrece uno de los espectáculos más conmovedores del Calvario, tanto más, cuanto que se halla practicada transversalmente y contra todas las leyes de la naturaleza. Su carácter milagroso bastó para convertir al catolicismo á un sabio inglés que fué á visitar los Santos Lugares con carácter de curioso y de geólogo.

V

El toque fúnebre.—El Pretorio.—La Vía dolorosa.

Cada viernes, el toque fúnebre que parte de la iglesia del Santo Sepulcro, hace estremecer de espanto los ecos todos de la ciudad deicida, é invita á los fieles al recuerdo del sacrificio más grande que han presenciado los siglos. Los Franciscanos, con los piés desnudos, la cabeza descubierta, desafiando el implacable sol y las nubes de molesto polvo, salen de su convento precedidos del genízaro con *maza* de plata y encorvado sable. Atraviesan la ciudad y descienden al lugar de la primera Estación, que es el antiguo palacio de Pilatos, transformado

hoy en cuartel. Llegados al atrio del Pretorio en donde Jesús oyó su injusta sentencia, los frailes, sin cuidarse para nada de los soldados turcos que les miran con ojos curiosos y poco simpáticos, se prosternan sobre las losas y ruegan, con la cabeza inclinada, bajo la impresión de los dolorosos recuerdos ligados á los muros de aquel recinto tan profanado y desde el que parecen escaparse aún los clamores insensatos de los judíos: «Crucifícalo, crucifícalo.» Un Padre, de noble y devota figura y de larga barba blanca, leyó una meditación, hecha la cual, se siguió una súplica al divino Mediador que ha salvado al mundo con sus sufrimientos y humillaciones. Antes de retirarse, besan los religiosos el suelo, con un respeto y una piedad que conmueven hasta á los mismos infieles.

Saliendo de aquel sitio y costeando la antigua residencia del gobernador romano, llegamos al pié de un muro en donde se distingue el dintel de una puerta hoy día cerrada. Allí terminaba la escalera del Pretorio; Nuestro Señor la bajó para ser cargado, como el inocente Isaac, con el pesado leño que debía llevar sobre sus ensangrentadas espaldas hasta la montaña del sacrificio (1).

VI

El Pasmo.

Volviendo sobre sí mismo y después de haber atravesado el arco del *Ecce Homo*, desde lo alto del cual Pilatos, para mover al pueblo á compasión, le mostró á Jesús coronado de espinas y cubierto con un manto de burla, el piadoso cortejo se detiene en el sitio en donde el Salvador cayó por primera vez y encontró á su Santísima Madre. Estas dos Estaciones se tocan. Una pequeña capilla llamada del *Pasmo* (2), recuerda las angustias

(1) Estas preciosas gradas fueron transportadas á Roma por orden de anta Elena, y allí son veneradas por el mundo entero bajo el nombre de *Escala Santa*.

(2) Desde los primeros siglos de la Iglesia construyeron allí los cristianos un oratorio, que fué reemplazado en el siglo XIII por un convento perteneciente á los Benedictinos de la abadía de Betania. Este convento

de María desmayándose á la vista de su divino Hijo, á quien la barbarie de sus crueles verdugos había puesto desconocido. Unos cuantos metros más adelante se comienza á subir la montaña que conduce al Gólgota: se la sube con el Cirineo á quien los judíos obligaron á llevar la cruz del Salvador, no por compasión, sino por temor de que no pudiese llegar la víctima al lugar del suplicio.

Muy pronto se halla en presencia de una puerta baja, pintada de amarillo, sobre la cual se lee esta inscripción: *Casa de Santa Verónica.* Era la morada de aquella valerosa mujer que, desafiando intrépida á los soldados y la turba de asesinos, se precipitó por medio de todos para enjugar con el velo que quitó de su cabeza el rostro divino del Redentor. En el piso bajo de la casa, existe un modesto oratorio. El Sumo Pontífice León XIII, ha enviado recientemente para adornarlo un hermoso cuadro representando la santa Faz sostenida por un ángel.

Siguiendo siempre las huellas sangrientas del divino Maestro, se llega á la puerta Judiciaria, ancha bóveda ojival de negras y gastadas piedras. En otro tiempo daba á las afueras de la ciudad. Frente á frente se elevaba una columna en donde se fijaba la sentencia de los condenados á muerte para que la viese todo el pueblo. Allí fué donde la humanidad santísima de Jesús, sucumbió por segunda vez bajo el peso enorme de la Cruz.

Algunos pasos más adelante y hacia la izquierda, se halla

sufrió diversas modificaciones: convertido primero en establecimiento de baños, concluyó después por servir de caballeriza.

Hoy se levanta bajo nueva forma. Los armenios católicos han edificado allí un hospicio y han echado los cimientos de una suntuosa iglesia.

En las excavaciones que se han verificado, se ha descubierto un pavimento de mosaico, en el que están incrustados dos piés muy artísticamente trabajados en mosaico también, pero de varios colores y sobre fondo blanco. Se cree que indican el sitio mismo en que se hallaba la Virgen Santísima en el momento á que se refiere la advocación de dicho Santuario.

El deseo de resguardar esta reliquia ha determinado la erección de la iglesia. Está ya construida una vasta cripta en la que oímos muchas veces el Santo Sacrificio de la Misa.

El edificio, de veinticinco metros de largo por catorce de ancho, se elevará encima y se compondrá de tres naves, terminadas por tres ábsides.

el sitio en donde se juntaron aquellas piadosas mujeres de Jerusalén para testificar su compasión hacia Jesús, y oyeron de su divina boca estas proféticas palabras: «No lloréis por mí, sino sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos.»

No lejos de este lugar (pero después de un grande rodeo por hallarse impedido con una muralla el camino recto), en el extremo de un callejón sin salida que conduce al convento de los Coptos, se arrodilla de nuevo delante de una columna que señala el sitio en donde Nuestro Divino Salvador cayó en tierra por tercera vez.

VII

El Gólgota.—El Stabat.—Las lágrimas de los cristianos.

Penetramos en fin en la Basílica del Santo Sepulcro y subimos al Gólgota. Este es el momento más patético: se anda sobre las losas en que Jesús fué despojado de sus vestiduras, sobre el mosaico en donde los verdugos enclavaron á la cruz sus divinos miembros cruelísimamente desgarrados, y se llega hasta debajo del altar en el que se encuentra el agujero que recibió el infame patíbulo, convertido ya en el árbol benditísimo de nuestra Redención. Aquí todo es sombrío, lúgubre y solemne: la actitud de los Padres, lo mismo que la de la multitud que arrastran en su seguimiento, está llena de conpunción y de tristeza: ¡fácilmente se conoce que han penetrado en sus almas todas las amarguras de la Pasión!

Se vuelve después hacia el pequeño altar del *Stabat*, situado enteramente sobre la roca del Calvario. Señala el sitio en donde María recibió en sus maternales brazos el frío cadáver del Salvador. La estatua de la Virgen que está sobre dicho altar es muy célebre bajo el título de la *Addolorata;* es un regalo del rey de Portugal. Ninguna *Madona* es tan venerada. La devoción y agradecimiento de los fieles la han cubierto literalmente de oro y pedrería. Subyuga sobre todo los ánimos, más que por sus riquezas, por la sublime expresión de penetrante dolor y profundísima angustia que el artista supo grabar en ella. Sus helados rasgos y su mirada vaga y sin lágrimas indican un dolor tan intenso, tan profundo é insondable, que parece el más

fiel trasunto del himno inmortal de *Fr. Giacopone* de Todi (1). ¿Quién ha sufrido más que María? ¿Quién será capaz de expresar con qué ojos contemplaría á aquel amantísimo Hijo al que había visto inmolar tan cruelísimamente, y cuya inocencia y santidad infinitas conocía con tanta perfección? ¡Qué arroyos de lágrimas no haría correr sobre aquel rostro adorable y divino, herido, ensuciado, obscurecido bajo la horrible nube de los pecados del mundo! ¡Con cuántos besos no cubriría aquel cuerpo sagrado, surcado con tanta impiedad y atrevimiento, y que era una porción de su carne virginal! ¡Qué gemidos, qué sollozos no saldrían de su pecho maternal al tocar aquella llaga que el hierro del romano había abierto, y que, como dice San Agustín, sólo merecía serlo por los dardos del amor! ¡Qué imágenes tan funestas y tan tristes asaltarían su espíritu! ¡La crucifixión tan bárbara, y el amargo brebaje administrado á Jesús, los insultos y ultrajes dirigidos contra él, y su muerte lenta, y las últimas palabras por las que la recomendaba á San Juan, dándole en cambio del Señor y Maestro el siervo y el discípulo!... ¿Cómo no murió entonces? ¡Ah! Es que había oído exclamar á su Hijo en el espasmo de la agonía: *¡Sitio*, tengo sed de la salvación de los hombres! y que, asociada siempre á su misión divina, deseaba también ella sufrir por nuestra Redención.

Después de haber agotado todas las emociones, todos los sentimientos, todas las compasiones, todas las tristezas, se vuelve la comitiva del Calvario á la sagrada Tumba, en que Nicodemo y José de Arimatea depositaron religiosísimamente el cuerpo santísimo del Señor, después de haberle embalsamado. Esta es la última Estación. Los Franciscanos besan con profundo respeto los mármoles del Sepulcro, como han besado las losas del Pretorio y todos los vestigios de Cristo ocultos bajo el inmundo polvo de las calles, retirándose después con religioso silencio y experimentando aquel santo terror que se apoderó de los amigos de Jesús después de la consumación del sacrificio. No obstante esto, muchos de ellos, á imitación de María..., vuelven aún al Calvario. Allí se les ve postrados sobre la dura piedra, agachados, arrodillados, recogidos, en fin, en sí mismos, y

(1) Ozanam, de acuerdo con otros autores, ha demostrado que el *Stabat* es obra de este célebre discípulo de San Francisco.

rogando por los pecados del mundo. Parece que no saben, que no pueden separarse de aquella bendita roca enrojecida con la sangre de Cristo.

VIII

Los lloros de los judíos.

Hoy viernes es el día en que se reunen los judíos junto á los muros del Templo de Salomón para exhalar su dolor patriótico. Sigámosles.

Volvemos á bajar la *Vía Dolorosa.* ¡Cuán triste y lúgubre es! Apenas se ve otra cosa que ruinas y escombros; se camina por calles sucias y mal empedradas; se penetra bajo ennegrecidas bóvedas que encubren montones de inmundicia y sirven de guarida á los perros errantes; se pasa por junto á casas cuyas paredes no parece que puedan encerrar en su recinto otra cosa que sepulcros; se detiene delante de feas y grandes piedras, de groseros jalones, de restos de columnas que señalan etapas de la vida, y sobre todo de la Pasión del Salvador... Pasan por estas calles el grave y taciturno musulmán, el camellero del desierto, de ojo ardiente y melancólico, el sacerdote armenio cubierto con su velo de luto, el judío con sus pálidas facciones, sus rojizos y vacilantes ojos, mujeres, en fin, envueltas en largos sudarios, sombras errantes que se deslizan por infectos corredores ó en la obscuridad de puertas entreabiertas. Nada de ruido, nada de movimiento en este cementerio que hiela al extranjero... No se está, por decirlo así, ligado á la vida, sino por pequeños huecos que dejan ver el cielo azul, cuya inmutable serenidad contrasta con las miserias y las ruinas.

Después de haber errado de unas calles en otras á través de terraplenes y de ruinas de todas suertes, como en una ciudad desmantelada, se desemboca en una plaza pequeña, de forma prolongada, en donde se levanta una muralla gigantesca cuyas enormes piedras están cortadas en almohadillado. Allí se reune y comprime la extraña asamblea de los proscritos de Israel, llorando, aullando sus desdichas. Salmodian con cadencioso balanceo las *Lamentaciones* y *Lecciones* de los Profetas que los condenan. Pasan sus lenguas y manos descarnadas sobre los

salomónicos pedruscos del muro, único vestigio de la obra del hijo glorioso de David: bendicen y maldicen sucesivamente aquella muralla cruel que les oculta la vista del Moria, en donde se imaginan que va á apuntar la bella aurora del nuevo día que ha de restituir á Sión la paz, la prosperidad y la felicidad bajo el cetro de sus reyes. Una indecible lástima se apodera al principio del corazón á la vista de tales infortunios; pero, cuando estremecidos por el drama sangriento del Calvario, acabáis de asistir en espíritu á la agonía y muerte de Jesús, y os decís: «he ahí los autores del crimen sin igual», el sentimiento desaparece por completo bajo el horror que os inspiran los asesinos de vuestro Dios, y halláis muy justa la maldición que les persigue y que ellos mismos llamaron sobre sus cabezas cuando en el delirio de su pasión y de su mortal odio, gritaron: *¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* Con razón, pues, el mismo día en que clavaron á Jesús sobre la Cruz, dan al mundo entero el impotente testimonio de sus lloros y de sus gemidos, diciendo á los transeuntes: *Hemos venido á ser un objeto de oprobio á nuestros vecinos; aquellos que nos rodean nos burlan y nos insultan.*